



Teatro

Más artistas que arte

E sclerotizada su actividad creadora, un pintor y un escritor realizan obsesivas listas de los alimentos agotados en un mundo en el que todos los seres humanos se han convertido en artistas y el hambre acecha, en el que solo quedan las reglas, pero nadie juega. «Utilizaste las últimas dos manzanas para pintar una naturaleza muerta», informa el escritor al pintor en un momento de *Las listas*, la obra con la que Julio Wollovits ha debutado en la escena como autor y director. En Madrid se estrena el próximo miércoles, día 29, en el Teatro de la Abadía, después de haber triunfado en Barcelona impulsada por el boca a oreja; primero en 2009, dentro de la programación estival del Teatre Grec, y después, en el Poliorama, en febrero y marzo de este año. La interpretan Francesc Garrido, Gonzalo Cunill y Pep Cortés.

Hasta hace apenas unos meses, Wollovits estaba clasificado en las taxonomías de la cosa cultural como cineasta singular, inquietante y respetado, un bicho raro procedente del mundo de la publicidad que había sorprendido con su primera película, *Smoking Room* (2002), premiada con un Goya, y prolongado esa suerte de extrañeza admirativa teñida de estupor con su segundo largometraje, *La silla* (2006). Nacido en Buenos Aires en 1969 e instalado en Barcelona desde hace casi veinte años, sus primeras incursiones en el terreno de la escritura tuvieron forma de monólogos teatrales, pero cuando se decidió a intentar un ejercicio de dramaturgia más completo, el producto resultante, según él mismo cuenta, fue el guión de *Smoking...*, porque dice ser un hijo del cine. Ese proceso creativo le

El cineasta argentino Julio Wollovits debuta como dramaturgo y director de escena con «Las listas» que, tras representarse con éxito en Barcelona, llega al madrileño Teatro de la Abadía

Por Juan Ignacio García Garzón



El aliento de Beckett, Ionesco, Mamet y Gombrowicz borbotea en «Las listas» (a la izquierda, una escena del montaje)

ha encaminado ahora al punto de partida, el teatro. Los alientos y las cadencias vivificantes de Beckett, Ionesco, Gombrowicz, Mamet... borbotean en *Las listas*, una propuesta que, a decir de su autor, «está llena de preguntas, se duda del arte que dice que lo es, porque muchas veces lo único que hay es la voluntad de ser artista, y el empeño sobrepasa las capacidades; pero claro, en la sociedad en que vivimos, suele importar más cómo presentar un trabajo que saber hacerlo».

Falta de convencimiento

En el mundo posutópico de la obra no quedan panaderos, médicos, carniceros... Todos se han obsesionado con entregarse a alguna actividad artística y los supermercados han sido transformados en galerías de arte. Como dice en una escena G, el pintor, todas las personas relacionadas con la carne y las vísceras se dedican ahora a los audiovisuales, y hasta la mano de obra emigrante imita aplicadamente a los nativos, pues, al fin y al cabo, subraya G, los obreros venidos de otras partes viajaron hasta aquí «para vivir como nosotros». La cosa no tiene sentido y no tiene porqué tenerlo: se trata de arte.

Wallovits se declara asombrado por la «constante crítica por parte de quienes producen cultura a todos los que no apoyan esa cultura», y cita a Giorgio Colli: «La realidad es que nadie tiene más miedo a que la cultura ya no tenga más influencia que quienes

en este momento se dedican de alguna manera a ella». Así, el autor y director escribe en la presentación de su obra que «todas las defensas de la cultura por parte de los artistas se hacen con voz aflautada, con auténtico miedo a que lo que hacen ya no sirva para nada, porque ellos ya no confían en eso. Paradójicamente, nunca ha habido tantos artistas como ahora. Tantos artistas en concepción o estilo, por decirlo de alguna manera. Si miramos a nuestro alrededor, es muy difícil encontrar arte; digamos que lo que hay es un estilo de vida, una manera de vivir creada por la marca de 'artista' similar a la identificación que proponen las marcas de moda o de perfume en su publicidad».

El autor evoca con una sonrisa a Kafka y su trabajo en una compañía de seguros cuando afirma que quizá «la única forma en que en nuestros días se pueda ser artista estriba en no dedicarse exclusivamente a ello, porque la tensión que se produce entre otras actividades de la vida y la urgente necesidad de crear una obra personal contribuye a enriquecer esa creación; es una paradoja en la que se han movido y se mueven muchos artistas modernos». Aunque en el fondo —concluye Wallovits— «mi obra teatral no trata de artistas ni de arte, sino de la pérdida del presente que padecemos, la falta de convencimiento en lo que cada uno hace, por eso hay artistas que se vuelcan en el *marketing*, y especialistas en mercadotecnia que pretende hacer arte».